



¿DÓNDE ESTÁ RODOLFO JOSÉ NOVA VILLEGAS?

DESHUMANIZACIÓN DE LOS
“HÉROES EN COLOMBIA”

**¿DÓNDE ESTÁ
RODOLFO JOSÉ
NOVA VILLEGAS?**

Deshumanización de los “héroes”
en Colombia

¿DÓNDE ESTÁ RODOLFO JOSÉ NOVA VILLEGAS?

Deshumanización de los “héroes”
en Colombia



¿Dónde está Rodolfo José Nova Villegas?

Deshumanización de los "héroes" en Colombia

Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025

Investigación y elaboración, 2020-2024

Coordinadora general

María Clara Leal Murillo

Equipo coordinador

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

Equipo psicosocial

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

Equipo de investigación

Yeimi Esperanza Barbosa Ávila

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

Equipo de redacción

Carol Ximena Ramos Díaz

Edición y corrección de estilo

Lina María López Gallego

Ilustración

Valentina Torres Aguirre

Diseño y diagramación

Carol Ximena Ramos Díaz

Nicol Giselle Rodríguez Otálora

Equipo de difusión y comunicaciones

María José Ramírez García
Rafael Felipe Barco López
Lina Alejandra Restrepo Guio
Valentina Torres Aguirre

Equipo de apoyo institucional:

Fundación Colombiana de Miembros
de la Fuerza Pública y sus Familias
Víctimas del Conflicto Armado
en Colombia-ACOMIDES

Otros apoyos institucionales

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba
Corporación Rosa Blanca Colombia
Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Corporación Universitaria Iberoamericana
Fundación Universitaria del Área Andina

Otros apoyos

Isabel cristina Alzate León

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1072-8



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Nota aclaratoria

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

ÍNDICE

- I Mis primeros años •
25
- II Tomar nuevos rumbos •
37
- III La adolescencia y sus vicisitudes •
43
- IV. ¿Ingreso a un sueño? •
47
- V. La desaparición •
51
- VI Sin respuestas •
61
- Carta a Rodolfo •
73
- Emociones que surgieron en el
proceso de investigación •
75
- Fuentes de información •
77
- Notas al final •
79

Dedicatoria

A Rodolfo, que este escrito dignifique su vida
y no quede en el olvido el dolor que
deja la guerra a las familias
víctimas del conflicto armado.

A Emelina y Braulio, por su
interminable lucha y valentía por
descubrir la verdad hasta el día
de sus muertes.

Agradecimientos

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a los miembros de la familia de Rodolfo José Nova Villegas, a sus queridos y valientes hermanos Braulio Santander Nova y Emelina Sther Nova, ambos murieron después de entregar sus testimonios de esta historia y les rendimos homenaje póstumo. Gracias también a la prima Patricia Molina Nova y a Estefanía Valest Nova, la sobrina que Rodolfo no pudo conocer. Braulio, Emelina, Patricia y Estefanía participaron por más de 3 años de este proyecto: relatando sus historias, compartiendo sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde

su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha implicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.

Prólogo

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un

debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

Los hermanos de Rodolfo, Braulio y Emelina, murieron con el dolor inmenso de no encontrarlo, con la incertidumbre que genera la desaparición. Contar esta dolorosa historia a su vez dio sosiego a la familia, les permitió encontrar un lugar para Rodolfo en medio del silencio para recrear su vida y para poner en orden tantas ideas que los atormentaban. Este proceso les permitió “atar cabos” entre lo que les habían dicho quienes compartieron las últimas horas con Rodolfo, la poca información oficial que les entregaron y las noticias que a medias cubrieron los medios de comunicación. Ser escuchados de manera activa, con inmenso amor y respeto, les ayudó a cerrar la

herida y la muerte de Emelina y Braulio, nos ha dejado el legado de mostrar las cicatrices de la atrocidad de la guerra.

La historia de Rodolfo Nova y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto. Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

• ¿Dónde está Rodolfo José Nova Villegas? •

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

María Clara Leal Murillo

“Sobrevivimos por unos frágiles años,
todavía, después de muertos, en la
memoria de otros (...).”
“Los libros son un simulacro de recuerdo,
una prótesis para recordar, un intento
desesperado por hacer un poco más
perdurable lo que es irremediabilmente
finito”.

(Faciolince, 2006, p.272)

“Pasaron los días. Pasaron los meses.
Nos fuimos de ahí. Cambiamos el sitio
del campamento. José nunca llegó.
Yo no pude preguntarle a nadie por él”.

(Lara, 2001, p. 37)





**MIS PRIMEROS
AÑOS**

Apenas iniciaba la centinela, una de las tantas que había tenido durante mi estancia en el Ejército, donde las noches se tornaban turbias y la vigilia se hacía eterna. Amanecía y cada uno retornaba a las labores que le habían sido asignadas el día anterior. Luego, volvía a anochecer y aparecían los sueños, esos que me llevaban a mi pasado, a recordar mi historia y a extrañar lo más importante que nos quita la guerra: estar con nuestras familias. Soy Rodolfo José Nova Villegas, nacido en 1970 en Puerto Colombia, con ese aire de la folclórica y alegre Barranquilla, el principal puerto marítimo fluvial de esa época en Colombia, reconocida por sus aspectos carnavalescos y sus habitantes acogedores.

Crecí rodeado de una noble familia que me esperaba con mucho amor, acompañado del folclor de casi todos los barranquilleros. Mi mamá se llamaba Visitación Villegas, nació en El Carmen de Bolívar; era alta, gruesa, tenía la piel morena, su cabello era negro, bonito y entorchadito. Era una mujer muy bella, la madre más

bella de todas y su alegría y amor por la música la hacían brillar más. Sus canciones favoritas eran las rancheras de Antonio Aguilar. Me quería mucho, al igual que a mis hermanos, parecía que su amor por nosotros no tenía límite.

Mi papá se llamaba Braulio Santander Nova, pero todos le decían Santander. Nació en Puerto Colombia, igual que yo. Era un hombre de baja estatura, delgado y tenía la piel blanca; físicamente era todo lo contrario a mi madre. Siempre fue un hombre tranquilo, aunque la mayor parte de su tiempo la dividió entre nuestra familia, sus diversos oficios y el ron.

Mi mamá me llamaba Bordón, por ser el último de sus hijos, el más pequeño de todos, el consentido de mi papá y el más esperado por mis hermanos: Marco, Braulio y Emelina. Mi madre escogió mi nombre porque un tío que falleció se llamaba igual y en esa época estaban de moda las canciones de Rodolfo Aicardi. Como es común en nuestro país, los artistas famosos del momento inspiran los nombres de los hijos.

Mis papás, seres de buen corazón, me cuidaron, me enseñaron a caminar y a

transitar desde los caminos más llanos hasta los más pedregosos, al igual que lo hicieron con mis hermanos, a pesar de las diversas dificultades por las que tuvieron que pasar en este país desigual. Ellos se enamoraron al empezar a trabajar juntos en una Sinagoga en Barranquilla, esta pertenecía a una familia de judíos a los que la gente llamaba de manera coloquial “Los rabijos”. En este lugar de trabajo inició su historia de amor, aunque las circunstancias en las que se encontraban no eran las mejores.

En ese momento mi mamá estaba embarazada de mi hermano mayor, pero el padre no quiso responder y desapareció al saber la noticia, entonces ella buscó trabajo. Cuando mi papá supo de su estado de embarazo decidió acogerla y pedirle que estuvieran juntos, se hizo la idea de que la criatura que venía en camino era también suya. Se apoyaron desde el primer instante y se mudaron a la casa donde vivían con mis tías, hermanas de mi papá. Ellas sospechaban que el bebé no era su sobrino, pero mi papá les dejó claro que mi mamá había sido la mujer escogida y que no podían hacer nada. Por lo que desde ese momento la aceptaron y la

apoyaron en la casa, mientras pasaban los meses de embarazo.

Así nació mi hermano Marco, y cuando era un bebé mis papás se fueron a vivir nuevamente para La Sinagoga donde se conocieron y allí también habitaron cuando nacieron mis otros hermanos. En este lugar vivimos los primeros años de nuestras vidas, en aquella casa construida por "Los rabijos". Un lugar muy acogedor y agradable, a pesar de lo pequeño que era. A mis papás les asignaron actividades como la limpieza de la casa y la seguridad de tiempo completo, por lo que recibieron un aumento en el salario, lo que fue muy útil para la constitución de nuestro hogar.

Después de un tiempo tuvimos que mudarnos, ocurrió un suceso que nos hizo salir rápidamente en medio de algunas lágrimas y olores mezclados con la muerte. A dos cuadras de La Sinagoga se derrumbó un gran edificio que estaba en construcción, la tragedia fue tan grande que hubo innumerables muertos, mujeres que se encontraban dentro, niños y adultos quedaron atrapados debajo de los escombros o en los vehículos en los que iban pasando. Se escucharon muchas voces y un rui-

do muy fuerte por parte de las personas que caminaban por todas partes en busca de ayuda. Nosotros vivíamos muy cerca y el olor nauseabundo era insoportable.

Era el año de 1974, nos mudamos a una finca ubicada en la parte trasera del cementerio de Puerto Colombia. Nos fuimos huyendo de la muerte, esta vez, a vivir detrás de ella. Para llegar a esta nueva casa teníamos que cruzar unas trochas que parecían nunca acabar, pero la vida nos abrazaba mostrándonos un distinto devenir. En realidad era una finca con muchos animales y árboles de diversas frutas. Mis papás cuidaban los cultivos, le daban comida a los animales y cumplían con todas las tareas que implica vivir en el campo. Los dueños de la finca nos visitaban cada ocho días, compartían con nosotros y a veces se quedaban a dormir.

En este lugar fui descubriendo algunos gustos; gastronómicos, deportivos y hasta de lo que quería ser cuando grande. Había tantos árboles de frutas que llegaron a gustarme el mango, la sandía y el mamón, mi gusto fue inevitable con tantas que había. Mi época favorita era cuando había abundancia de frutas por la cose-

cha, en especial cuando teníamos muchos mangos. También amaba jugar fútbol, recuerdo hacerlo con mis hermanos, yo era el portero o alguno de los defensas. Hubo un tiempo en el que ingresé a un equipo con mi hermano Braulio ¡Sí que nos divertíamos!

También soñaba con ser un militar o un miembro del ejército, esa idea surgió porque la finca siempre estaba muy vigilada por estas personas y yo los veía, con sus armas en la cintura y los grandes bolillos negros en las manos. Quería parecerme tanto a ellos que tomaba un palo, me lo amarraba a la cadera y caminaba altivamente alrededor de la finca, así como ellos. En nuestra tierra había pocas oportunidades, tanto así que la guerra me hacía pensar que era lo único que podía hacer cuando creciera.

Así fuimos creciendo en este nuevo lugar, queriendo mucho a mis hermanos, compartiendo nuestras más profundas alegrías y tristezas. Durante la infancia recorrimos las mismas brechas, las mismas calles polvorientas y calurosas de la costa caribe colombiana. También crecimos en medio de travesuras y hasta una vez es-

tuvimos al filo de la muerte. Estábamos en un arroyo que había cerca a la finca, donde Braulio y Emelina acostumbraban nadar. Casi nunca me llevaban, pero un día decidieron invitarme, no me metí porque no sabía nadar, solo los miraba desde afuera, pero de repente las aguas del arroyo crecieron por las lluvias recientes, entonces mis hermanos se aferraron a un 'palo' que estaba cerca, me dijeron que les tirara la cabuya del burro de un tío, yo se las tiré pero no pudieron salir del agua. Después mis papás llegaron asustados, preguntando por lo que había pasado y, al pasar de unas horas cuando la creciente bajó un poco, lograron rescatarlos. Fue un día en que sentí la angustia de perder a mis hermanos, a los que tanto quise.

Recuerdo que en una ocasión estaba con Braulio y Emelina agarrando mangos, ellos se subieron a los árboles, me los tiraban desde arriba y yo los atrapaba en el suelo. Generalmente en esos árboles abundan los avisperos, donde estábamos había uno muy grande y con el movimiento de mis hermanos se cayó, ellos salieron corriendo y me dejaron ahí, yo no sabía qué hacer, las avispas no me dieron tiempo de correr y me picaron fuertemente, mi carita que-

dó hinchada y algunas partes de mi cuerpo estaban muy rojas. Cuando regresamos y mi mamá me vio se alarmó mucho, me hizo algunas curaciones con los remedios caseros que siempre tenía y, luego de un rato, volví a buscar más mangos.

En esos años lo único que recuerdo con angustia era que mi papá tomaba mucho ron y todos los fines de semana se emborrachaba. Mi mamá era una mujer tranquila, pero no dejaba de desvelarse pensando en esa situación, se sentía triste en ocasiones y las retahílas para mi papá no daban espera. Llegaban a acuerdos con el fin de destinar el dinero para la compra¹ y que mi papá no se gastara toda la plata en ron, entonces él se quedaba tomando y mi mamá se devolvía para la finca con el mercado. Después de mucho tiempo, ella se terminó acostumbrando a esta situación, tanto que al final solo le preocupaba que mis hermanos y yo no sufriéramos por el hambre.

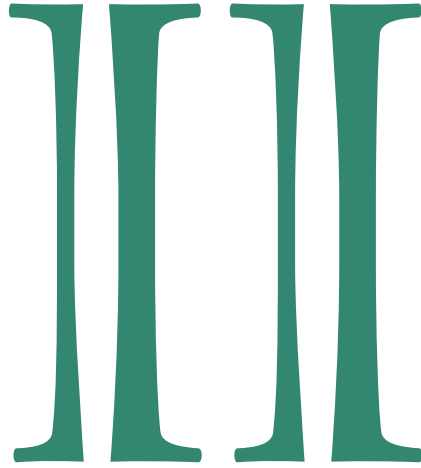
Así transcurrieron varios años, hasta que en 1977 ocurrió algo que me cambiaría la vida por completo: la muerte de mi mamá y mi hermanita menor. En ese momento ella estaba embarazada, a punto de alum-

brar, cuando la llamaron desde el Carmen de Bolívar para decirle que mi abuelo, su papá, estaba en sus últimos días de vida y que tenía que ir a visitarlo. Mi mamá empaqué unas cuantas cosas y se fue conmigo para el Carmen. A los pocos días de haber llegado le empezó a dar un fuerte dolor de muela que la llevó al médico. Cuando regresábamos a Puerto Colombia llovió y se mojé, eso le empeoró el dolor y recuerdo que también le dio Tétano. Le llegaron todos los dolores juntos, la pobrecita no los soportó y se murió, mi hermanita alcanzó a nacer, pero al cabo de una o dos horas también falleció.

Cuando llamaron a mi papá para decirle lo que había pasado, él se desesperó mucho, empezó a conseguir plata para los pasajes, pero en el camino se varó el carro y no alcanzó a estar en el entierro. Al llegar encontraron la mesa puesta, tres grandes 'poncheras' llenas de hielo y a las personas que regresaron del entierro, que cargaron el ataúd, llenas de sangre porque el cuerpo de mi madrecita se desangró totalmente. Todos estábamos muy tristes porque no la íbamos a volver a ver, yo era el más pequeño y quería que ella me durmiera. Lloraba de manera constan-

te, mi alma de niño la añoraba. Al siguiente día nos devolvimos para la finca, mis tíos querían que yo me quedara a vivir con ellos, pero mi papá se negó, agarramos nuestras maletas y nos fuimos.

Mi papá nos decía a mis hermanos y a mí que no nos preocupáramos, que él iba a estar con nosotros y que no nos iba a abandonar, pero después de este suceso empezó a tomar licor desenfrenadamente, no paraba y nos tenía en un estado de abandono muy grande.



**TOMAR NUEVOS
RUMBOS**

Como siempre, Barranquilla era una ciudad alegre en medio de los tiempos de carnavales, acompañada de la calidez de la gente; acogedora, en ocasiones calmada, y en la quietud frente a la imponente delincuencia. Mi infancia y la de mis hermanos empezó a transcurrir muy rápido en la calle 74, donde mi papá era celador de un club. Nuestra niñez estuvo llena de juegos; jugábamos a las escondidas y a la lleva, nunca nos faltamos al respeto. Yo era muy tranquilo a pesar de ser el más pequeño de mis primos y hermanos, era muy sano, muy querido, me gustaba compartir, nunca fui agresivo, era educado. Esa fue la infancia que yo compartí con todos mis familiares y amigos. Me gustaba sonreír, contar chistes para alegrar los momentos grises. Físicamente tenía una carita de ángel y tiernecita -o eso decía mi hermana Emelina-, mi familia me quería mucho por todo lo que tuvimos que pasar luego de la muerte de mi mamá, ese suceso nos fortaleció.

Cuando mi mamá falleció, mis hermanos y yo tomamos rumbos distintos, yo tenía 6 o 7 años aproximadamente. En un inicio Emelina se fue con Blanca Barcini-lla, hermana de mi papá, una mujer maravillosa que quería a todos por igual y no hacía distinción entre sus hijos biológicos y nosotros; y yo vivía con mi papá, pero como él tomaba casi todos los días, mi tía también decidió llevarme a vivir en su casa, un lugar donde me sentía muy bien y fui agradecido con lo que me brindaron. Mi tía era una buena persona que trabajaba mucho, pero con mi tío, su esposo, las cosas eran distintas, era grosero y le gustaba tomar ron. Por su parte, mi hermano Marco ahorró lo suficiente para irse a Venezuela.

Empecé a estudiar a los 9 años en el colegio Simón Bolívar en Puerto Colombia, una casa donde había profesores, en el cual la gente le daba el estatus de colegio público. Así pasa en Colombia, donde las escuelas no son una prioridad y el abandono del Estado en estas zonas del país es una realidad, no solo pasaba en Puerto Colombia, sino también en muchos municipios. En este lugar me interesé por ser profe. Inicialmente me gustaba la di-

námica de enseñar y a veces, cuando los profesores salían del salón y me dejaban a cargo, yo me sentía el mejor de todos. Me gustaban las matemáticas, en ocasiones solía participar mucho en esa clase, mientras que la materia que menos me gustaba era español, tenía la hipótesis de que el profesor no enseñaba bien, que el del otro salón era mejor; por su parte, el inglés tampoco me llamó la atención. Sin embargo, Emelina y yo aprovechamos nuestra estancia en ese colegio, fuimos muy aplicados y quisimos aprender, ahí estuvimos por 3 años, los mismos que vivimos en Puerto Colombia.

En el transcurrir de mis 12 años, tuvimos una gata que se llamaba "Tata", yo le escogí el nombre y hasta dormía con ella, en mi casa no tuvimos muchas mascotas, pero a Tata sí que la quise. La mayoría de mis cumpleaños eran una fiesta triple, en el colegio todos colaboraban y nos inventábamos la recocha, en la casa también me esperaban con alegría y mis amigos del barrio ayudaban a organizar el festejo. Fueron buenos tiempos y hasta aprendí a pescar junto a mi hermano Braulio, me invitaba para que yo pudiera aprender, entonces íbamos al muelle, llevábamos nai-

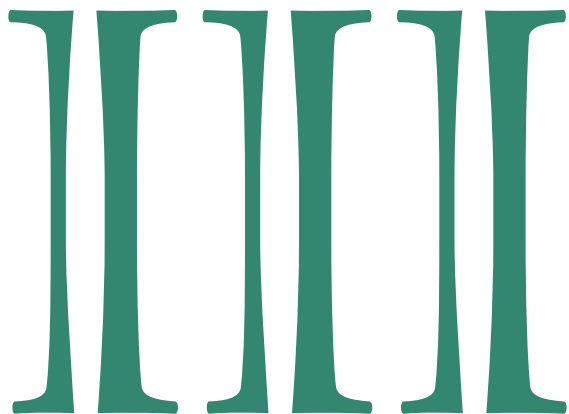
lon para hacer la pesca. Para ese entonces había crecido, ya medía 1.60 metros, lo suficiente para hacer este tipo de actividades.

Cuando tenía 13 años, Emelina y yo nos fuimos de esa casa a causa del consumo de trago de mi tío. Nuestra calidad de vida empezó a flaquear y la violencia física aparecía en ocasiones. Entonces Emelina tomó la decisión de que nos fuéramos, ella agarró su ropa y la empacó en sus maletas, junto a su dignidad. En la búsqueda de encontrar un nuevo hogar, un día en la plaza de buses de Puerto Colombia se encontró al hijo mayor de mi tía Ruth, él nos llevó hasta su casa, abriéndonos no solo sus puertas, sino también entregándonos las llaves de momentos buenos y especiales. Incluso mi tía fue la primera persona que se preocupó porque recibiríamos salud, por eso registró a Emelina en el servicio para que la atendieran en caso de emergencia.

En Barranquilla empecé a estudiar en el colegio Liceo Los Comuneros que quedaba en el barrio Galán, también era público. Con Patricia, una de las hijas de mi tía Ruth, otra hermana de mi papá, ju-

gábamos “al escondido”, recochábamos jugando fútbol en una cancha cuando llovía y quedábamos llenos de barro, ahí se veían muchos animales como las gallinas y los cerdos que cuidaban en las casas. Especialmente había un juego que se llamaba “La peregrina”, colocábamos unos números y empezamos a brincar, tirábamos una checa² y cantábamos: “atoo, atoo, meterirerirerú, que vienes a buscar, materirerirerú”.

En medio de juegos con los amigos me decían “La Pantera Negra”, pero eso me hacía sentir muy mal, yo tenía un nombre y no me gustaba que me llamaran así, hasta mis hermanos Braulio y Marco me molestaban, afortunadamente con el tiempo nos fuimos olvidando de este apodo. Recuerdo que amaba escribir, me compré una libreta donde anotaba mis cosas, nadie las leía porque era reservado. Esa libreta la llevé cuando fui al Ejército.



**LA ADOLESCENCIA Y
SUS VICISITUDES**

Al llegar mi adolescencia, empezaron a aparecer ciertos rasgos de la pubertad, tenía la piel morena, el cabello negro y liso, ojos negros. Me seguía gustando el fútbol, me iba para el campo a jugar con mis amigos, en medio de la playa y de las risas constantes, escuchábamos a los "Credimuela", un grupo que al son de tambores creaba música, bailaban, aplaudían y formaban el desorden junto a un público alegre que los veía.

A mis 15 años empecé a trabajar, a esa edad volví a vivir con mi papá y con Emelina en la casa de nuestros abuelos en Puerto Colombia, ella nos hacía la comida y nosotros trabajábamos, entonces yo vendía unas boletas que se llamaban "Las Rápidas", eran cinco o seis papelitos que la gente utilizaba para concursar y ganar premios.

Nosotros disfrutamos nuestro carnaval, nos disfrazábamos de micos, de la Chilindrina, de colegialas, pero el disfraz que más me gustaba era del Ejército o de la

Policía. Al ritmo de la música del Joe salíamos a las calles.

Desde los 15 años quería empezar la vida del Ejército, quería ir y aventurarme. Cuando iba a hacer diligencias con Emelina, ella me decía que entrara a las oficinas y yo le decía que no, que mejor la esperaba porque quería ser militar y cuidarla; me gustaba el uniforme y los muñequitos de plástico de puro militar. Desde chiquito jugaba con los soldaditos, después decía que quería ser uno de carne y hueso, aunque no tuvimos familiares o personas cercanas que fueran militares, amigos tampoco. Yo veía muchas películas de militares, películas de rambo y me sentía identificado con el personaje, quería subirme al camión donde se llevaban a la gente. Desde muy pelao me gustó la idea de ser militar.

Para sobrevivir, las rifas de las que les conté fueron mi ocupación en Puerto Colombia. En ese tiempo yo era muy juicioso, no tomaba mucho trago, tenía pocos amigos, tuve dos especiales: Carlos y Ale. También tuve una novia que se llama Damaris, fuimos amigos desde que yo tenía 16 y ella 12 años, nos conocimos en el barrio porque éramos vecinos. Damaris

fue reina del carnaval del barrio y en ese entonces yo iba a la comitiva a hacer los recorridos de la caravana por el pueblo. Nuestro amor fue un amor a escondidas, fuimos novios mientras fui a prestar mi primer año de servicio o, como también se le dice, de soldado raso. Seguimos juntos hasta que ingresé como soldado profesional, pero la última vez que regresé a Puerto Colombia, las cosas habían cambiado, ella ya tenía otro novio.

IV

¿INGRESO A
UN SUEÑO?

Había pasado por algunos reclutamientos del Ejército, pero siempre me soltaban porque tenían los cupos completos. Pasé cuatro veces por la misma situación, hasta que en la quinta me dejaron para prestar el servicio militar en un batallón de La Guajira. Ahí sentí que había llegado lo que tanto quería. Un sentimiento de adultez me llevó a creer que era la mejor opción, a pesar de los posibles peligros que representaba ir a enfrentamientos y combates. Siempre pensamos que esa era la voluntad de Dios, él es quien decide todo, y no me llevaría hacia un camino peligroso. Cuando tomé esta decisión de prestar el año de servicio militar pensaba en mi papá, yo quería darle un mejor porvenir, él era un señor de edad que a veces trabajaba como celador o vivía del rebusque, realidad de muchas personas residentes de municipios de la costa caribe colombiana, en los que las oportunidades de trabajo son pocas y la población adulta pensionada es baja.

Y es que también era muy difícil acceder a la educación en esa época y no era una posibilidad para mí, espero que las cosas hayan mejorado ahora, porque en ese tiempo la gente era muy pobre y muy humilde, no había mayor porvenir. Así el contexto de pobreza y la lejanía de acceder a una educación, profundizaron en mí la idea de ser soldado, pensaba en que me ascendieran por mi buen comportamiento y que pudiera ganar más dinero. Solo quería alcanzar la estrella de vivir bien en un futuro y creí que la Sierra Nevada de Santa Marta me abría esas puertas que anhelaba, pero lo que me esperó fue un panorama donde el monte y las balas eran la única estrella que alcanzaba, si a eso se le pudiera llamar estrella, porque la guerra tenía todo, menos luz.

Cuando decidí contarle a Braulio, él estaba trabajando en un almacén en Barranquilla, le dije que quería entrar a la fuerza pública porque me gustaría servirle al Estado. Ver personas con uniformes, con armas, me parecían hombres de verdad, quería ser un militar también, por eso ninguno de mis hermanos pudo borrarle la idea de continuar en el Ejército. Aunque

mi hermano me decía que me cuidara y en medio de mi ingenuidad disfrazada de valentía, pensé que no me iba a pasar nada.

Económicamente la situación era complicada, Braulio me apoyó hasta que estudié el bachillerato y me ayudaba con algún dinero, pero su presupuesto no alcanzaba para pagar el ingreso a la Base Naval, esa también fue una razón por la que decidí continuar con la idea del Ejército, además del gusto que sentía por formar parte de esta institución.

V

LA
DESAPARICIÓN

A los tres meses de estar en el Ejército tuve el juramento de bandera, Emelina me acompañó junto a mi sobrino Hammer, su hijo. Pensaba que nadie de mi familia asistiría porque me habían dicho que no tenían dinero para los pasajes y demás gastos, pero mi hermana llegó justo a tiempo, cuando me iban a entregar el arma, y la sorpresa fue inevitable. El juramento se hizo en el Batallón de Infantería Mecanizado No.5 José María Córdova con sede en Santa Marta, situado entre la parroquia de Nuestro Señor de la Misericordia y el Ejército Nacional - Brigada No. 12.³

Ese día me dieron permiso para salir de vacaciones, entonces me fui con Emelina y mi sobrino, nos devolvimos desde Santa Marta hasta Puerto Colombia y tuve quince días de descanso. Cuando llegué empecé a visitar a mi familia, después me reuní con mis amigos. Sentía que la vida en el Ejército era dura porque no estaba acostumbrado, pero también en ese tiempo pensaba en que así era como los hombres

tenían que enseñarse, que no todo en la vida es fácil y que había que luchar.

Estaba feliz, aunque la situación económica seguía difícil y la guerra también. Me daban \$12.000 en ese momento en el Ejército, lo cual era un monto pequeño que no me alcanzaba para cubrir mis necesidades básicas. Entonces le pedía a mis hermanos que cuando tuvieran dinero me enviaran y ellos hacían lo que podían. En medio de la guerra, recuerdo que tuvimos varios combates con la guerrilla en la Sierra Nevada, ellos nos decían "suban para empezar la fiesta". Nos mandaban papeles con los campesinos para que subiéramos a las montañas y darle inicio a la "fiesta de las balas", que de fiesta no tenía nada, nosotros estábamos abajo y la guerrilla estaba arriba, pero nunca íbamos sin orden de los comandantes.

Antes de ingresar al Ejército pensaba que esa vida era sencilla, pero no, en la guerra no hay nada fácil, pero tal vez más fácil que sobrevivir en un país con pocas oportunidades, así que lo mejor sería seguir con mi decisión. Al inicio pensaba en obtener mi libreta militar y después conseguir trabajo como escolta o celador, pero

luego me presenté para continuar como soldado profesional y me gustó ese cargo.

En este nuevo rol me asignaron en el Batallón Contra guerrilla número 26 en Santa Marta, más conocido como el BCG 26 Arhuacos, creado en 1991 debido a la situación de orden público vivida por el país durante la década de los noventa. Años después hombres de este batallón se verían implicados en asuntos de ejecuciones extrajudiciales.⁴

Desde 1960 el país afrontó una gran violencia en la que grupos al margen de la ley se disputaban constantemente el poder económico, social y territorial en muchos departamentos. Las principales guerrillas de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional) estaban tomando el control, poniendo en jaque a las fuerzas armadas y policiales del país. En este sentido, mi misión como parte del Batallón era defender a las comunidades y recuperar ese poder que habían perdido los dirigentes, pero en esa época el país, o los gobiernos, pensaban que la única opción eran los enfrentamientos, poniendo en riesgo nuestras vidas y en muchas oca-

siones las vidas de la población civil, que debían estar lejos de esta guerra.

Para ese momento me pagaban un salario mínimo, era alrededor de \$500.000, lo cual no estaba mal para la época y cada tres meses que salía a vacaciones disponía de todo ese ahorro, porque en el Ejército no gastaba nada. A los cuatro o cinco meses fui a la casa de mis hermanos en una salida de descanso, como soldado profesional. Le compré a mi tía un anillo de oro y a mis sobrinos, hijos de Emelina, unas cadenitas de oro también. Había ahorrado bien mi platica porque en la profesional me pagaban mejor, el dinero me servía y podía por fin ayudar a mi familia, pero me hubiera gustado tenerla más cerca. Le decía a Emelina que se fuera a vivir a Santa Marta y yo alquilaba un apartamento para visitarla cuando saliera de permiso, pero estaba muy amañada en Puerto Colombia, además mi papá seguía vivo, era bastante mayor y ella no quería dejarlo solo.

Al año de estar como soldado profesional fui a visitar a mi familia nuevamente. No me vieron grandes cambios físicos, pero mi porte sí tenía un aspecto militar en la parada, el caminar, las formas, los

ademanes. Mi familia nunca pudo ir a visitarme, la lejanía representó una gran barrera para poder vernos, así que yo los veía cuando me daban permisos y los llamaba de vez en cuando. Cada vez que nos encontrábamos me convencía más de mi decisión de hacer parte de las fuerzas militares y no me mostraba arrepentido de haberla tomado, porque quería lo mejor para ellos, aunque las dificultades nunca faltaron en el batallón y las fuertes tareas que debía cumplir, requerían de un esfuerzo físico mayor.

En ocasiones tuve inconvenientes con el comandante de tropa que nos dirigía, un día me sacó un fusil, me lo puso en el pecho y me dijo: "no te mato porque estamos todos aquí". A este señor no le caía nada bien, me la tenía montada. Le comenté este incidente a mi hermano Braulio, él me dijo que me retirara, que a veces los comandantes no tenían las mejores intenciones; cuando alguien no les cae bien lo mataban o lo desaparecían, aunque en el fondo nunca pensé que algo me ocurriría y no tuve la intención de retirarme, al contrario, en un futuro pensaba en hacer cursos para ascender y ayudar a mi familia, pero este futuro no llegó, se

fue frustrando poco a poco en medio de mis actividades como centinela. Estando allí tenía que cuidar que la guerrilla no nos atacara de manera imprevista, nos ponían a unos cien metros del grupo, en la selva, pendientes de cualquier ruido y a veces la vigilia se hacía eterna y no era nada fácil soportar el pasar de las horas y el miedo de poder morir, no solo por parte de la guerrilla, sino también por parte de miembros de la Institución, por no caerle bien a alguien o por asuntos políticos, dinero o poder, como ocurrió con los mal llamados “Falsos positivos”.⁵

Por la naturaleza del grupo del Ejército donde estaba, yo sabía quién era la guerrilla, tenía un conocimiento de quién era guerrillero y quién no. La idea era combatirlos y ciudarnos bastante en combate. Estuve de soldado en contraguerrilla un año, aproximadamente, después de prestar el año de servicio donde duré dieciocho meses o dos años. En total fueron tres años lo que duré en la vida militar. Y así, día tras día, noche tras noche, combate tras combate, me fui acostumbrando cada vez más al Ejército, al que entré ilusionado, pensando en la posibilidad de materializar mis sueños más íntimos y ayudar a mi

familia económicamente, pero sin saber lo que ocurriría después. Algunos medios de comunicación emitieron que en dos meses de operaciones, el Batallón al que pertenecía junto al de Córdova, dejaron virtualmente desarticulada la cuadrilla 19 de Las Farc, que durante 13 años había operado en la Sierra Nevada de Santa Marta.⁶ Según esta información se estaba cumpliendo con el objetivo, pero lo que pasábamos al interior del Batallón era difícil.

Como les había contado, en el Ejército no lograba tener mucha comunicación con mi familia, no podía llamar fácilmente, por eso tardaron en darse cuenta de mi ausencia posteriormente. En el año 1994 o a mediados de 1995, no lo recuerdo bien, Emelina le anunció a Braulio que me habían matado, él estaba trabajando en ese instante y a ella le avisaron lo sucedido. En el Ejército se difundió la noticia de que había muerto junto a dos muchachos más, pero a mi hermana nunca la llamó nadie del Ejército, ni de otro lugar, por eso Braulio se fue al día siguiente a averiguar al Batallón en Santa Marta, no lo atendieron con la excusa que estábamos haciendo polígono, pero mi hermano estaba desesperado, eran las 8:00 p.m. y no tenía plata

para quedarse en un hotel, así que se tuvo que regresar.

Mi desaparición fue desafortunada, mi familia no me volvió a ver, tuvieron la noticia cuando un amigo que vivía en el barrio Las Moras les dijo que me habían matado, que nada estaba claro y que no sabían de mi paradero. En las noticias tampoco apareció mi nombre, era como si me hubieran borrado de la faz de la tierra. Después de la desaparición mi amigo desertó por su seguridad, ya que él sabía lo que había ocurrido, aunque nunca pudo contarle a mi familia. La única idea que expresó fue que el Ejército les obligó hacer un hueco porque los iban a enterrar. Solo le dio la información a un primo y después de unos tres días la familia se mudó y mi amigo se fue para Estados Unidos, no se supo nunca más de él.

Lo único que encontraron fue una lista donde decía que había desaparecido con un muchacho de El Carmen de Bolívar y un amigo de Barranquilla, que le decían "El Bachiller", pero Braulio se metió por todos esos montes y no encontró a ninguno.

VI

SIN RESPUESTAS

¿Dónde podrá estar Rodolfo? No paramos de investigar por su paradero, pasa el tiempo y los extrañamos, estamos acá, sus hermanos, Emelina y Braulio buscándolo ¿a dónde lo han llevado?, solo encontramos respuestas vacías ¿lo habrán asesinado? ¿Quién?, no sabemos ¿cuándo?, nadie nos responde ¿Dónde?, en cualquier parte, ¿Por qué?, no hay respuesta, así como tampoco la hubo para las preguntas que pudieron surgir en el momento en que supimos que había desaparecido. Posiblemente su cuerpo se encuentra en una fosa común donde meten a los NN, donde arriban a uno o más. No tuvimos un cuerpo para llorar, tampoco bastó la misa que se hizo en su honor para calmar el dolor de su partida.

Cometimos un error y fue no ir directamente a la Fiscalía, porque en el Ejército no me dieron noticias sobre su paradero. Le pregunté a un centinela que estaba ahí en ese momento y este me dijo que a veces se regaban noticias de muertes, pero

era mentira. Tampoco me mandaron a hablar con ningún comandante, nada, ni siquiera me dejaron entrar. Cuando llegué al batallón mencioné que era Braulio, su hermano, que me habían dicho que esperara hasta las 5:00 p.m. que los soldados regresaban de un polígono, pero eran las 8:00 p.m. y no bajaban. Al no recibir respuesta, me devolví para Barranquilla, llegué sobre las 10:00 p.m. Llegó el nuevo día y me encontré con Emelina, le conté lo sucedido y me fui para la finca.

Durante estos años no fui más al Batallón, la última vez me encontré con una señora que tenía una tienda allá arriba, en la Sierra Nevada, ella me pidió que me regresara, que no subiera porque el desconocido que sube, no baja nunca. Entonces decidí devolverme, supuse que la guerrilla lo había matado, porque ellos no querían personas desconocidas, piensan que son infiltrados de la fuerza pública. Por eso no volví al Batallón, y solo supe que tenía que esperar.

Tardé un tiempo en ir a la Fiscalía, tenía la esperanza de que apareciera, entonces esperé para poner la denuncia por desaparición forzada. Pese a esto, hay razones de

fondo que me llevaron a esa tardanza. En medio de nuestras circunstancias familiares y la pobreza, era difícil tener un acceso cercano a las instituciones encargadas de la búsqueda, la información sobre cómo funcionan estos procesos tampoco era clara para mí y no supe qué era lo mejor que podía hacer en ese momento. Sumado a ello, lastimosamente nuestra familia no tenía poder o influencias que me llevaran a encontrar información más precisa y tampoco el afán de cada día por subsistir me lo permitió.

Pasaron cinco o seis años desde que fui a Santa Marta a averiguar por el paradero de Rodolfo sin obtener respuesta, tiempo después estuve nuevamente en esta ciudad y entré a preguntar en La Fiscalía, a pesar de que nadie me dijo que tenía que poner esa denuncia, la puse. Envié un derecho de petición a la Defensoría del Pueblo, luego de un tiempo me informaron que habían mandado documentos a mi casa, pero nunca llegaron, supuestamente tenían copias, pero se habrían desaparecido también, no había muchas noticias.

La única noticia que salió fue en el periódico por una denuncia que hicimos y

después de cinco años y medio se publicó en el diario La Libertad de Barranquilla. El Ejército por su parte mencionó que ellos le habían dado de baja, fue lo único que dijeron, pero no especificaron el año. No nos entregaron su hoja de vida militar, por eso tuve que poner el derecho de petición y buscar un abogado particular, que le podríamos pagar cuando tengamos resultados, su nombre es Arturo Mojica. Ni Emelina ni yo hemos sido reconocidos como víctimas, tampoco recibí la pensión cuando nos dijeron que el Ejército lo había dado de baja, en los últimos papeles que mandaron mencionaban que una mujer cobró la plata y no se supo quién fue, lo están investigando.

En 1996 se supo que una persona sacó electrodomésticos a nombre de mi hermano Rodolfo. Entonces, en un documento que emitió el Ejército y que el abogado que contraté pudo sacar, supe que dictaminaba que él tenía que pagar esos elementos, pero la Fiscalía investigó quién realmente hizo la compra y capturaron al sujeto en Medellín, porque era un caso de suplantación de identidad. Al final resultó ser un compañero que tenía en el Ejército y que fue vigilante, se hizo pasar por Rodolfo,

pero todavía la Fiscalía no ha dicho nada, solo que lo habían ubicado en Medellín y lo estaban interrogando, hasta finales del año 2021 aún estaban indagando en el caso, igual que con su desaparición, por lo que me preguntaron por el nombre del comandante que estaba a cargo de mi hermano, pero no lo sabía o no lo tenía claro.

Con el transcurrir de los años no ha pasado nada con la desaparición de Rodolfo. Los documentos no aparecieron, se perdieron de la Fiscalía, nunca se encontraron. Por eso también procedió el derecho de petición, pero me dijeron que los había enviado a Bogotá o al Meta, que se habían equivocado y por eso nunca respondieron. Por esto siempre estuve en la misma casa, no me mudé esperando a que llegaran los documentos de la denuncia. Hasta la fecha no se sabe nada, porque el caso está en la UARIV⁷, en el marco de la Ley de Justicia y Paz y también el abogado está esperando que la Fiscalía conteste, porque la entidad no ha investigado. Emelina también fue a la Fiscalía a preguntar sobre el estado del caso y le dijeron que todo seguía igual, en un principio ella también me acompañó en los trámites, después yo seguí al tanto de todo.

Sin respuestas por parte de las instituciones solo nos queda imaginar lo que pudo pasar y entre fantasías y miedos pienso que lo tomaron en un combate, o se perdió y no lo reportaron, o que lo secuestró la guerrilla, porque en los combates todos corrían de un lado para otro y pudieron llevárselo. Mi mente no para y pienso que tal vez sería posible que estuviera en el polígono y lo hirieron porque no manejaba bien las armas, ¿o si un compañero o un coronel se desquitó con él? Puede estar vivo, pero, con dolor, ya no lo creo.

Pienso que su cuerpo está en la Sierra y si la guerrilla lo tiene no lo entrega, lo entierran en cualquier parte. También es posible que esté en otro lugar, porque en el Cementerio de Badilla en Medellín, se han encontrado restos de cuerpos de la costa. Me he acercado a la JEP (Justicia Especial para La Paz), tengo una carpeta allá, pero no me han respondido nada. El caso está también en la Cruz Roja de Medellín y en la Unidad de Personas Dadas por Desaparecidas. Llamé a informarme porque estaban encontrando muchas fosas comunes, pero allá me dicen que cualquier notificación me están llamando. Brindé también el número de Emelina en caso de hallar

alguna pista, pero aún no nos llaman. Me pregunto por qué tanto silencio, ninguna institución responde y el Ejército es el mayor ausente en cuanto a respuestas se trata.

Emelina también toma su tiempo para darse respuestas y poder explicar tanta incertidumbre, pero para ella parece todo más claro y piensa que fue el mismo Ejército que lo desapareció, porque también Rodolfo le contó que había tenido inconvenientes con un comandante al que no le caían muy bien los costeños, porque el señor era de otra región. Hay la posibilidad de que él lo hubiera matado y que lo desapareció sin dejar rastro alguno, y su nombre, su cuerpo y su identidad se convirtieron en un falso positivo. A mi hermana no le cabe duda de lo que ocurrió.

La desesperación, angustia y dolor constante que deja la desaparición forzada son interminables. A mi familia nadie le ha brindado nada; ni apoyo psicológico, moral o espiritual. Después de las experiencias que tuve tras ir al Ejército, dejé de insistir porque nunca me atendían, ya hicimos muchas cosas, creo no me hace falta más nada. Nos dicen que esperemos,

que están identificando, que hay tantos números sin identificar. Ya poco hablo con Emelina del tema porque después de tanto papeleo y no tener una respuesta creemos que mi hermano está muerto, han pasado casi treinta años y ni un día preciso tenemos para recordar cuando desapareció. Si ya ni está en esta tierra quisiéramos por lo menos tener su cuerpo y despedirlo como Dios manda, pero la incertidumbre es la tortura más grande para los que buscamos, es tanto el dolor, que queremos encontrarlos vivos o muertos, pero encontrarlos, esa sería nuestra mayor paz.

“Y es así como aún sigo entre mis sueños recordando lo que fue de mi vida, lleno de dudas, sin saber qué pasó, donde no me queda más que naufragar en las hipótesis que plantean mis hermanos con el fin de encontrar una respuesta y, aunque han pasado varios años, ansío despertar de este mar de pesadillas, poder descubrir junto a mi familia el mayor de nuestros anhelos, la verdad.

Espero encontrarme con mis hermanos Braulio y Emelina, quienes murieron hace poco tiempo sin poder encontrarme. Quiero abrazarlos y decirles que los he extrañado, tanto como ellos a mí ”.

Rodolfo José Nova Villegas



Carta a Rodolfo

Rodolfo: quisiera tenerte conmigo, para sentirme mejor, con compañía, con alegría, que jamás hubieras faltado en este hogar y yo tu nombre lo utilicé con mi hijo, el último, el último de todos el bordón. El bordón como decía mami contigo. Mi hijo por ser el último que es el bordón orgullosamente lleva tu nombre.

Emelina Sther Nova

Emociones que surgieron en el proceso de investigación

Sra. Emelina

— Sra. Emelina: Muchas gracias a ustedes por su tiempo y su comprensión, por su ayuda. Estoy muy contenta por todo esto que está pasando.

— Entrevistadora: Señora Emelina ¿El día de hoy con qué te vas, o sea cómo te sientes, qué te vas pensando sobre la sesión?

— Sra. Emelina: No, yo me siento muy bien, agradecida con todo lo que ha pasado hoy, con la comprensión de ustedes, con esa ayuda que me le están dando a mi corazón cada instante. Bien me siento, o sea de pronto al comienzo me sentí toda oprimida, pero ya me siento un poco más libre, ya.

— Entrevistadora: Bueno gracias a ustedes también y satisfecha con todo.

Sr. Braulio

— Entrevistadora: ¿Cómo se sintió el día de hoy.

— Sr. Braulio: Bien, bien gracias a Dios me sentí.

— Entrevistadora: ¿Alguna retroalimentación de la entrevista?

— Sr. Braulio: no, estuvo buena la entrevista me gustó todo, la ranchera y eso, o sea me hizo recordar tiempos atrás, pero para que, muy rico.

— Entrevistadora: Qué bonita es la vida y esos recuerdos que hacen parte de lo que somos hoy en día.

— Sr. Braulio: Bueno de todas maneras muchas gracias y estaremos pendientes

— Entrevistadora: Reírnos porque fue un espacio bonito ahí.

— Sr. Braulio: Hay que ponerle al mal tiempo buena cara.

Fuentes de información

1. CCN Español. 27 de abril de 2022. Qué son los falsos positivos en Colombia y cuáles son las revelaciones más recientes. Disponible en: <https://cnnspanol.cnn.com/2022/04/27/falsos-positivos-que-son-colombia-revelaciones-orix/>
2. El Espectador. 27 de julio de 2022. La ejecución extrajudicial en Dabeiba que salpica a Mario Montoya. Disponible en: <https://www.elespectador.com/judicial/la-ejecucion-extrajudicial-en-dabeiba-que-salpica-a-mario-montoya/>
3. El Tiempo. 19 de agosto de 1993. CAE EL FRENTE MÁS VIEJO DE LAS FARC EN LA SIERRA. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-198408>

4. Mapcarta (s.f). Batallón de Infantería Mecanizado N°5 - General José María Cordova. Disponible en: <https://mapcarta.com/es/W154080337>
5. Verdad Abierta. 05 de abril de 2020. A primer NN identificado por la JEP en Dabeiba sí lo mató el Ejército. Disponible en: <https://verdadabierta.com/a-primer-nn-identificado-por-la-jep-en-dabeiba-si-lo-mato-el-ejercito/>

Notas al final

1. El mercado, habitualmente se le llama compra en la costa caribe.
2. Tapas de diferentes tipos de botellas.
3. Para mayor información: <https://mapcarta.com/es/W154080337>
4. El Batallón Contraguerrilla número 26 en Santa Marta estuvo comandado por Oscar Reinaldo Rey Linares desde el 1 de enero de 1993 hasta el 1 de diciembre de 1994, el cual también comandó el Batallón Contraguerrillas #28 Coyaimas. Aunque el BCG 26 Arhuacos primero estuvo adscrito a la Primera División del Ejército, con sede en Santa Marta, para el 2000, luego de una toma guerrillera que dejó 54 uniformados muertos en Dabeiba pasó a la Cuarta Brigada para reforzar la seguridad del municipio.

Según El Espectador, periódico colombiano, dos años después de ese cambio

ocurrió el caso por el que hoy la JEP investiga a hombres del BCG 26 Arhuacos, cuyo responsable de operaciones era el general Mario Montoya. El 18 de mayo de 2002 en la vereda Alto Bonito del municipio de Dabeiba, fue asesinado Edison Alexander Lizcano Hurtado, un campesino de 23 años que estaba arrancando yuca cuando fue interceptado por los uniformados y asesinado para hacerlo pasar como un guerrillero, lo que se conoce como falsos positivos.

Actualmente el batallón tiene renombre en Santa Marta por los falsos positivos y personas desaparecidas, algunos comandantes tienen problemas con la JEP. Tal como afirman Bolaños, et al. (2020) los asesinatos de presidentes en ejercicio y líderes sociales, imposición de gobiernos, atentados terroristas atribuidos a adversarios, manipulación a organismos internacionales y poblaciones, invasión directa de ejércitos a países y territorios, apoderamiento de recursos, construcción de expedientes judiciales falsos, señalamientos de terroristas a inocentes y adecuación de escenarios para acomodar hechos inexistentes, además de otros casos,

son eventos registrados en el contexto universal que no obedecen al actuar de una mano invisible. Estos hechos, producto de estratagemas de guerra sucia, psicológica y política, desarrollados por Estados y corporaciones, llevan a la construcción de una teoría social del falso positivo. Por lo que la JEP (Jurisdicción Especial para la Paz), como mecanismo de justicia transicional, tiene la tarea de investigar, esclarecer, juzgar y sancionar los más graves crímenes ocurridos en Colombia durante más de 50 años de conflicto armado, y hasta el 1 de diciembre de 2016.

Según la JEP, el hecho fue realizado por la compañía Bravo, al mando del entonces capitán Hermes Mauricio Alvarado Sáchica, cuyo comandante en el batallón contraguerrilla era el mayor (r) Edie Pinzón Turcios. La trazabilidad del caso señala que el BCG se había trasladado de Mutatá a Dabeiba para “cumplir con la orden de operaciones fragmentaria Mongolia con el fin de ubicar a miembros del Frente 34 de las Farc que se encontraban cobrando vacunas y amenazando a la población civil”. Varios militares ya le han dicho a la JEP

que la orden de asesinar a Lezcano llegó de parte del entonces mayor Edie Pinzón. A Lezcano, dice el documento, lo sacaron de su casa, lo acusaron de guerrillero y lo asesinaron detrás de la escuela de la vereda Alto Bonito (El Espectador, 2022).

Se estableció también que la presión por resultados era mantenida por el señor Pinzón Turcios, quien a su vez le recibía comunicación de su comandante operativo de la Cuarta Brigada, el entonces mayor general Mario Montoya Uribe, se lee en el documento de la JEP, en el que se resalta que el mismo Pinzón admitió su relación con jefes paramilitares de la zona, en especial del bloque Élmer Cárdenas. El general en retiro, desde que estalló el escándalo de los falsos positivos hace más de una década, siempre ha dicho que es inocente y que nunca mandó a matar a nadie. Aunque la Fiscalía de Eduardo Montealegre anunció en 2016 que estaba lista para imputar cargos, al sol de hoy el alto oficial sigue sin estar vinculado formalmente a ninguna investigación (El Espectador, 2022).

Posteriormente, el fallo proferido por la Sala Séptima del Tribunal Administrativo de Antioquia el 28 de abril de 2010 acreditó que “la muerte del señor Edison Lezcano Hurtado fue causada por miembros del ejército, sin que tal individuo hubiese ejecutado una actuación constitutiva de una amenaza seria y grave de bienes jurídicos cuya protección se asignó a tal institución” (Verdad Abierta, 2020).

5. Ejecuciones extrajudiciales cometidas por miembros de las Fuerzas Armadas de Colombia
6. Para mayor información: <https://www.el-tiempo.com/archivo/documento/MAM-198408>
7. La Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas es una institución creada en enero de 2012 a partir de la Ley 1448 (sobre víctimas y restitución de tierras), por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno.

Esta obra ha sido publicada
por el proyecto Memoria y Reparación.
Los trabajos de la primera edición fueron
terminados en noviembre de 2025 en los
talleres de Imagen Editorial S.A.S.
Bogotá, D.C., Colombia

Estando allí tenía que cuidar que la guerrilla no nos atacara de manera imprevista, nos ponían a unos 100 metros del grupo, en la selva, pendientes de cualquier ruido y a veces la vigilia se hacía eterna y no era nada fácil soportar el pasar de las horas y el miedo de poder morir, no solo por parte de la guerrilla, sino también por parte de miembros de la Institución, por no caerle bien a alguien o por asuntos políticos, dinero y poder, como ocurrió con los mal llamados “Falsos positivos” que se conocen los de la sociedad civil, pero que se debería revisar la existencia dentro de la fuerza pública.

Mi desaparición fue desafortunada, mi familia no me volvió a ver. Recibieron la noticia de un amigo que vivía en el barrio y con quien compartía mi paso por la Fuerza Pública. Les dijo que me habían matado, que nada estaba claro y que no sabían de mi paradero. En las noticias tampoco apareció mi nombre, era como si me hubieran borrado de la faz de la tierra. Después de mi desaparición, mi amigo desertó de la fuerza pública por su seguridad. Él sabía lo que había ocurrido, aunque nunca pudo contarlo a mis hermanos. Le dio la información a un primo de cómo el Ejército los obligó hacer un hueco porque los iban a enterrar. Tres días después de contar lo que sabía, se cambió de casa con su familia y a los meses, mi amigo se fue para Estados Unidos. No se supo nunca más de él y tampoco de mí.